



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

El divino arte.



¡Qué felices ratos pasa
con la *Stella confidente*,
mientras la gente de casa
le pide á Dios que reviente!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Protesta, por Juan Pérez Zúñiga.—Los imperativos, por José Jackson Veyán.—Harmonía entre la ciencia y la fe, por Sinesio Delgado.—Humoradas, por José Estremera.—Un mal sueño, por Luis de Ansorena.—Soñando, por Santiago Iglesias.—Cuento, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Menudencias, por Edmundo de C. Bonet, Alberto Casañal Shaker, Pascual Montagut José María Dotres y José Rodao.—Libros.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El divino arte.—Malos pensamientos.—Miscelánea (tres viñetas).—Un mal sueño (tres viñetas), por Cilla.—Apuntes (siete viñetas), por Marín.



DE TODO UN POCO

Ahora, con motivo de la muerte del sultán, hemos dejado nosotros los periodistas el socorrido asunto de la mujer degollada, para dedicarnos a las cuestiones de Marruecos.

En todos los periódicos se publican artículos de sabor árabe puro, para describir costumbres de Marrakesh y facilitar toda clase de datos acerca

de lo que va a ocurrir en Taflete con motivo de la proclamación de Muley Abd-el-Azis.

«La situación no puede ser más grave—digo yo, por ejemplo, que no sé una palabra de asuntos moghrebites;—los *askaris*, envalentados con las predicaciones de los fanáticos, levantarán bandera de rebelión, y el nuevo sultán tendrá que habérselas con jefes tan importantes como Al-Mumenin, Be-el-Chomochin, Bu-el-Galopin y otros no menos sanguinarios y crueles, cuya principal ocupación consiste en machacar cráneos de niños de corta edad valiéndose de almireces de *mojaliz* (roble tallado).»

«Muley-Hassan era hombre de costumbres sencillas, muy dado a la caridad, y tan piadoso que le cortaba el cuello a uno y después lo sentía. Todas estas virtudes habían sido reconocidas por su pueblo y ahora éste derrama lágrimas de ternura. En Fez, al saberse la noticia de su fallecimiento, hubo manifestaciones de dolor, al estilo moghrebite. Las mujeres se arrancaban las cejas con las uñas, los hombres, puestos de bruces en el suelo, levantaban en alto las piernas en señal de desesperación, y en el *zoco* se sacrificaron tres reses y dos mozos de cordel como muestra de sumisión al emperador difunto.»

Merced a estos y otros detalles que nos facilita la prensa, podemos decir que conocemos a Marruecos como si hubiéramos estado allí toda la vida. Si a esto se añade el esmero que emplean algunos periódicos en la confección de retratos marroquíes, no cabe dudar que tenemos la cuestión de África en la punta de la uña, y gracias a esto nuestra existencia no puede ser más agradable.

Arrastrábamos una vida monótona, sin emociones ni sustos, y la muerte del sultán ha venido a impresionarnos y a hacernos conocer una porción de curiosidades morunas, sin perjuicio de que luego resulte que no hay nada de lo dicho y que todo ha sido obra de la imaginación calenturienta de nuestros periodistas.

Lo que parece mentira es que, a pesar de lo ocurrido en Marruecos, la gente madrileña, interesada como la que más en el asunto de la indemnización, tome horchata de chufas con la mayor tranquilidad del mundo.

Aquí ya no hay patriotismo ni hay nada.

¡Cómo están esas horchaterías!

Lo mismo la dama ilustre que la modista sencilla acuden a calmar el ardor de la sangre con la horchata bienhechora.

Muchas personas prefieren el agua de cebada, a pesar del rubor que se experimenta cuando hay necesidad de pedirla en público.

—¿Qué va a ser?—pregunta la camarera.

—Cebada—contesta el parroquiano bajando los ojos humildemente.

Si hay algún forastero en la horchatería, vuelve la cabeza sorprendido, porque no puede comprender cómo los madrileños, siendo de suyo distinguidos, se dedican a la deglución de ciertos cereales.

A la horchatería acuden también las familias amorosas: mamá papá, sus cinco niños, la nodriza y la niñera.

Los chicos no hacen más que sentarse y empiezan a dar palmadas llenos de júbilo.

—Orden, Manolito; silencio, Tomasín—dice el papá tratando de evitar otras manifestaciones más ruidosas.—El que no se esté quieto, no toma.

Pero ellos, halagados con la idea de la horchata con barquillos, no cesan de meter bulla y de revolverse en el asiento.

—Traiga usted...—dice el papá a la camarera—tres chicos para nosotros y cuatro copitas para estos condenados... ¡Ah! Para el ama traiga usted cebada.

—Sí—dice la mamá,—porque tiene mucha irritación y es bueno que refresque.

—¿Quiere usted barquillos?—pregunta la camarera.

—¡Sí, sí!—gritan todos los muchachos, poniéndose de pie.—¡Barquillos, barquillos!

—¡Silencio!—replica el padre.

En cuanto reaparece la camarera con el pedido, vuelven a palmo-tear aquellos cinco diablos, y cada uno se abalanza sobre su copa. El papá reparte los barquillos con equidad y aseo; ellos los estrujan contra su corazón, como si temieran el despojo, y hay alguno que pide también la canastilla para aprovechar las migajas.

—¿Se como esto?—pregunta el mayor.

Por toda respuesta la mamá coge la canastilla y se la da a la camarera, diciéndole:

—Llévesela usted, joven, porque estos chicos son capaces de comérsela... Cualquiera diría que no se alimentan estas criaturas. ¡Jesús, qué hijos!

Aquello concluye mal, porque Manolito le pega a Tomasín con la cucharilla; el papá se enfurece y reparte varios pescozones; rompen todos a llorar; la mamá tiene una sofocación muy grande, porque no le gustan los espectáculos públicos, y por fin salen todos a la calle, mientras queda diciendo la de la horchatería:

—¡Vayan benditos de Dios! Se conoce que esa gente no tiene costumbre de comer... No hay más que ver a los niños, que parecen lombrices disecadas...

Entre vivos y muertos es una preciosa novela del para mí siempre querido director D. Antonio Sánchez Pérez. La he leído con verdadera delicia, y puedo asegurar, sin ánimo de faltar a nadie, que me ha cautivado.

Aparte la forma, que es en este distinguido escritor siempre correcta y brillante, tiene la trama de la novela un grandísimo interés y está desarrollada con mucha discreción y mucho arte.

Y no digo más, porque podrían creer ustedes que son interesados estos elogios.

Luis Taboada.

Protesta.

El celoso municipio de esta culta población, inventando cada impuesto que le vuelve loco a Dios, no solo piensa gravarnos de una manera feroz el solomillo, los tiestos que ponemos al balcón, el solar que nada renta y el disfraz y el alcohol y el chocolate barato (que ya de suyo es atroz) y el carro fúnebre en donde nos llevan al panteón y otras cosas peregrinas de que me he enterado yo, sino que grava las notas del cornetín de pistón y del piano de manubrio que, ya llueva, ya haga sol, animan calles y plazas

lanzando su alegre son y delante de la puerta nos tocan en sí bemol (1).

¡Protesto contra el arbitrio! Alzo el grito, sí, señor (aunque poco puede alzarle quien tiene la misma voz que tiene un conejo de Indias en la infancia), y por favor le pido al Ayuntamiento que no nos prive por Dios de esas jotas y esos valsos que ensanchan el corazón.

Cierto es que hay algunos pobres que, yendo del perro en pos, ejercen el monopolio de la desafinación y nos vuelven las entrañas del revés al dar el do. A esos, bueno, que los balden a impuestos sin compasión

(1) Ó en otro tono cualquiera.

y además que los procesen y los manden al Mogol. Pero los pianos que suenan por esas calles de Dios, los hospicianos de viento que tocan que es un primor cuando se abre alguna tienda ó algún café de mistó, los guitarristas tranquilos que manejan el bordón con más estilo que el propio rey David lo manejó, que toquen libres de gastos y alegren la población y hasta que les subvencione quien gravarles pretendió. ¡Bueno fuera que el impuesto nos privase del rumor de gaitas, murgas bravías, cantantes en pelotón, ciegos líricos de cuerda, y organillos! ¡Eso no! Déjese el Ayuntamiento de dar á Madrid sabor

de camposanto y acuerde lo mismo que pienso yo: dotar de pianos á todas las niñas, dar un tambor á cada guardia, obligarles á tocar el acordeón á las porteras, y al punto despedir al aguador que no entre en casa tocando la bandurria ó el fagot.

¡Foméntese la algazara! ¡Cuanto más bulla, mejor! ¡En cada calle una murga y en cada plazuela dos!

Así Muñoz, mi vecino, decía en su habitación cuando lo de los impuestos en *El Resumen* leyó. Pero hay que hacer la advertencia de que el bueno de Muñoz es más sordo que un barreño desde el día en que nació.

Juan Pérez Zúñiga.

Los imperativos.

¡Qué órdenes tan terminantes! ¡Qué manera de anunciar, y qué modo de mandar los señores comerciantes!

En cuantos anuncios vi el absolutismo impera, como si el público fuera un criado, ó cosa así.

«¡Cuando entréis en el café, PEDID cerveza de tall!» Si á mí me sabe muy mal, ¡las narices pediré!

«¡NO VESTIRSE, caballeros, sin visitar á García!» No yendo á su sastrería, tiene uno que andar en cueros.

«¡NADIE COMA sin beber el licor de Quina-momo!» ¿Quina?... ¡Demasiada tomo por el vicio de comer!

«Extracciones sin dolor. ¡HAY QUE SACARSE una muela!» ¡Que se la saque á su abuela el dentista anunciador!

«¡NO CASARSE sin comprar mi equipo de novia entero!» Y, como hay poco dinero, nadie se quiere casar.

«¡Dinero barato! ¡PIDA todo festivo poeta!» Si dan duros á peseta, compro dinero en seguida.

«¡ALTO! ¡NO PODÉIS PASAR sin que toméis un helado!» Gracias; estoy constipado, no me puedo refrescar. «¡Ganga! ¡A MORIRSE AHORA MISMO!» ¡Féretro de zinc, eterno!» ¡Hombre, vaya usted al infierno con EL ZINC y EL GALVANISMO!

Anuncia la prensa entera el jarabe y la tisana. ¡Leyendo la cuarta plana no hay enfermo que se muera!

Y afirmando con aplomo que porque queréis toséis, decir: «¡SI TOSÉIS, TOMÉIS!...» y yo, aunque tosa, no tomo.

«¡CORRED, LLEGAD y PEDID!» «¡LEED, VENID y PROBAD!» ¡Digo, y con qué autoridad se anuncia todo en Madrid!

De siervo no hago el papel. Si me lo mandan, no tomo ni *Old Brandy*, ni *Quina-momo*, ni *plútoras Geraudei*!

Conmigo en balde se afana el anunciador grosero, que yo tomo lo que quiero y lo que me da la gana.

Con malas formas, jamás los mandamientos cumplí. ¿Imperativos á mí?... ¡Pues no faltaría más!

José Jackson Veyán.

Harmonía

(CON HACHE)

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

Pedro murió. ¡Todo muere! Cubrió la tierra su cuerpo y comenzó su trabajo la podredumbre al momento. Es ley eterna, invariable, principio fijo y eterno que á los vivos alimenten los residuos de los muertos. Nunca en la naturaleza se crea un átomo nuevo, pero, en cambio, evolucionan constantemente los viejos. Murió Pedro, y en seguida se sorbió voraz el suelo la fibrina de sus músculos, el fósforo de sus huesos... Y la química, ayudada por la acción lenta del tiempo,

en combinaciones múltiples deshizo y cambió los restos. Se esparcieron sus moléculas por el aire; se nutrieron los insectos de los jugos, las aves de los insectos, y al cabo de algunos siglos fué la sustancia de Pedro á formar parte integrante de cien millares de cuerpos.

Llegó el fin del mundo. El día terrible, el día tremendo en que las áureas trompetas de los ángeles del cielo llamaron á juicio á todos los hombres del universo. A las estridentes notas

todas las tumbas se abrieron y la inmensa muchedumbre voló por el firmamento. A las puertas de la gloria arribó el alma de Pedro sin la carnal envoltura que marcaba el reglamento.

—¿Dónde vas tú?

—Voy al juicio.

—¿Sola?

—Sola.

—Pues no puedo admitirte.

—¿Por qué causa?

—¿Has olvidado el precepto?

«¡Todos vendrán con los mismos cuerpos y almas que tuvieron!» —¿Qué he de olvidar! Pero el trance, y usted dispense, es muy serio. Mi cuerpo está repartido de un modo que mete miedo.

—Pues reúne sus partículas y ven.

—Lo haré, si es empeño, pero si busco y recojo lo mío, aviso con tiempo que, si el mismo requisito se exige á todos los muertos... ¡van á faltar á la lista dos millones de sujetos!

Sinesio Delgado.

Malos pensamientos.



¡No me queda más que ver! Que Dios me perdone, pero... ¡mal debe andar de dinero cuando va con su mujer!

MISCELÁNEA



—Ya, ya sé lo que harías tú si heredaras al sultán de Marruecos: cuajarte de odaliscas y ponerme á mí en el arroyo.
—No, mujer, no. A tí te conservaría siempre á mi lado... para que me llevaras la sombrilla.



Si yo encontrara un sujeto
con un duro en el bolsillo...
ó si lo encontrara aquélla,
que vendría á ser lo mismo...



En las luchas de amor, ya es sabido
que no habrá quien el golpe resista
si á medida que se alza el vestido
se baja la vista.

Humoradas.

I

Tú eres una sirena y no me fio;
mas tu canto adorado
atrae tan sólo al pensamiento mío,
pues yo, como otro Ulises, amarrado
voy al palo mayor de mi navío.

II

Tuve entre mis amores
malos, medianos, buenos y mejores.
Fodos, unos de prisa, otros despacio,
supieron conducirme á su palacio.
Después, en mis recuerdos de ideales
han venido á quedar todos iguales...
Mas no puedo olvidar á aquel *indino*
que me dejó plantado en el camino.

III

Aunque mi amor por tu querer se afana,
yo me complazco en esperar, mujer;

porque es mejor decir: «¡será mañana!»
que recordar: «¡fué ayer!»

IV

Cuando vi que tenías otro al lado,
dije dentro de mí: «¡Ya me he salvado!»

V

De muchas oí decir, como de Elvira,
que murieron de amores,
y al hacerles la autopsia los doctores
sólan confesar que era mentira.

VI

Tal vez, si á aquel caudillo ya no quieres,
quites á tu nación días de gloria;
que, de Eva en adelante, las mujeres
vienen al mundo á trastornar la historia.

VII

Que te salves, Elena,
á pesar de este amor será preciso;
pues si amor en el mundo nos condena,
¿qué premio guarda al justo el Paraíso?

José Estremera.



El plan estaba perfectamente combinado. Todo había salido mejor de lo que Enriqueta esperaba. La doncella de Anita, de la mujer con quien su marido sostenía sin duda unas relaciones odiosas, ultrajantes, había cedido á las dádivas de Enriqueta, prometiéndole esconderla en un cuarto contiguo al en que se celebraría la entrevista de los dos amantes. Enriqueta iba, pues, á saberlo todo. Dentro de una hora, la verdad aparecería ante ella, clara, terminante, y entonces... entonces tomaría la resolución que creyere más oportuna. Una resolución tremenda. La asustaba un poco; pero ¿no era justa compensación á la maldad de Carlos? La pena del Tali6n era la más sabia, la más justa, la que demandaba el perjurio de su esposo. ¿La engañaba éste con Anita? Ella, Enriqueta, le engañaría á su vez con.... El nombre no salió á los labios, pero vino al pensamiento; era bastante.

En opinión de Enriqueta, su sacrificio resultaba una necesidad. Moralmente estaba separada de Carlos desde que terminó el primer año de su matrimonio. Que él no la quería, era cosa indudable; se probaba con todo: con su alejamiento, con su mal humor continuo, con sus desplantes sin lógica. Al principio Enriqueta sufrió mucho; después fuese acostumbrando poco á poco, transform6se el entusiasmo en indiferencia, y al fin se confes6 á sí misma que su amor por Carlos era cosa muerta para siempre.

El tal matrimonio había resultado un desastre.

Pero el corazón humano no se vacía á los veinticinco años sino para llenarse de nuevo. Esta era una ley lógica, criminal si se quería, pero irresistible en ciertos casos. Todo sacrificio tiene su límite, y el de Enriqueta tocaba al fin con la conducta de su marido. Mientras éste, aunque sin amarla, le fué fiel, mientras no entregaba á otras mujeres lo que á ella pertenecía con pleno dominio, resistió Enriqueta las tentaciones que se le metían corazón adentro, apretándole como tenazas, haciéndole palpitar con fiebre. Pero las cosas cambiaban desde el momento en que Carlos se olvidaba de su deber, causándola la última, la más grande de las humillaciones. Dijeran lo que quisiesen todas las leyes humanas y divinas, la pena del Tali6n era la más apropiada, la más justa.

Volvió Enriqueta á leer la carta de Anita. De pocas líneas constaba, pero eran bastantes para poner el caso en plena luz. «El lunes, á las tres, te espero. Es preciso que vengas. Necesito decirte muchas cosas», y la firma. Había Enriqueta sorprendido la carta registrando los cajones de la mesa de Carlos. Pronto supo quién era Anita, dónde vivía, y sin vacilar avist6se con la doncella de ésta. Lo demás se sabe.

¿Le produjo pena la noticia? ¿Sintió la rabia que en tales casos se apodera de toda mujer aunque no ame á su esposo? Ni ella misma se dió cuenta cabal de sus sentimientos en los primeros instantes; pero, pasados éstos, asombr6se de lo que por su espíritu pasaba. Quería vengarse, sí, pero ¿sólo por el deseo de pagar engaño con engaño, infamia con infamia? No.... Allí había otra cosa... ¿por qué no decirlo? Casi satisfacción, descanso en sus luchas, alientos para



su pecado acariciador, ya viejo en su cerebro, contenido hasta entonces por un resto de vergüenza y de justicia. En una palabra, hacía algún tiempo que Enriqueta se encontraba al borde del abismo, dirigiendo al fondo una mirada estúpida, pero sin atreverse á arrojarse en él de cabeza. La falta de su marido la llamaba ahora desde abajo, sonriendo á la que ella llevaba en la imaginación.

Sus dudas no se satisfacían con la lectura de aquella carta. Quería proceder con justicia; necesitaba la prueba material, irrefutable de la culpa de Carlos. Cuando, oculta en la casa de la querida de éste, adquiriese la plena convicción que buscaba... ella se entregaría también á.... aquel cuyo nombre no asomaba aún á sus labios.

Pensando en esto, y como la hora se acercaba, visti6se Enriqueta. Un traje oscuro, sencillo, propio para pasar inadvertida entre la gente... Un manto, guantes negros... Después, y sin dar aviso de su salida á sus criados, deslizándose por las habitaciones como una sombra, abrió la puerta... Ya estaba en la calle... En la acera de enfrente había una parada de coches... Entr6 en uno de ellos... Dió al cochero las señas de la calle, indicándole que se detuviera en la esquina. El cochero sonrió picarescamente. Advirti6lo Enriqueta, y pensó, arrellanándose en el asiento:—¿Qué creerá este bárbaro!— Momentos después, sonreía ella también... ¡Bah! Dentro de pocos días, cuando la convicción del engaño de su marido alejase de su espíritu todo escrúpulo, también ella iría á alguna casa misteriosa y lejana en busca de su amante, con el dulce temor de las primeras entrevistas y el nerviosillo escozor de la esperanza de un placer vedado... Entorn6 los párpados y soñó con aquello como una colegiala viciosa con el primer vals... Realmente la existencia era una cosa muy aburrida si no se buscaba alguna emoción que saliese de la vulgar rutina...

Detúvose el coche en el sitio indicado... Bajó Enriqueta, ocultándose el rostro con el manto, y después de pagar al cochero, desliz6se á lo largo de la calle, pegando el cuerpo á las paredes de las casas y andando muy de prisa. Llegó al número diez y seis... Allí era... Entr6... Mientras subía, su corazón palpitaba fuertemente, y aquella emoción no venía de la ansiedad que siente una mujer al acercarse el momento de poseer la prueba viva de la infamia de su marido. Parecíale á Enriqueta que ella era quien iba á cometer la falta; que acudía á la primera cita de su amante; que éste la esperaba tras de la puerta para apresurar el momento de estrecharla entre sus brazos, de dar en sus labios el beso tan esperado, tan temido por ella. Y esta obsesión la dominó de tal modo, que al llegar á la puerta esper6 un poco, creyendo que él la había sentido subir. Volviendo á la realidad, y conforme á lo convenido con la doncella de Anita, tosi6 débilmente... A poco, y sin ruido, abri6se la puerta y apareció una joven que hizo seña á Enriqueta de que anduviese con cuidado. Sigui6le la última hasta una habitación no muy clara, en la que la doncella la dejó sola, después de mostrarle un espeso cortinaje que tapaba la puerta del centro.

Por la unión de las cortinas y con gran cautela miró la joven, y vió un gabinete coquetamente adornado, del que hasta ella llegaba un aroma delicioso, enervante, desconocido para Enriqueta. Las di-

menciones de la habitación eran reducidas. El tono general, el de botón de oro. Los muebles, elegantes y pequeños, á excepción de una meridiana de blandos muelles, cuyo asiento formaba pronunciada curva... Un mueble que atraía el cuerpo, que parecía llamarle con indolente y sensual pereza, y en el que se detuvo la mirada de la joven por largo tiempo, mientras su respiración, corta y anhelante, indicaba la emoción que la dominaba. En una mesita de ébano con incrustaciones de plata había un jarrón con flores; flores también sobre la chimenea. El suelo estaba cubierto con una alfombra de terciopelo de fondo claro... Las persianas corridas dejaban á media luz la habitación... En ésta no había aún nadie.

Tras un rato de espera, Enriqueta vió entrar á un hombre, acompañado de la misma mujer que la había ocultado, la que, después de decirle que aguardase allí, desapareció, dirigiendo al sitio donde Enriqueta estaba una mirada de inquietud. Colocóse el hombre junto á la chimenea y apoyó en el mármol el brazo derecho. Era Carlos.

Un momento después se presentaba Anita, mujer joven, hermosa, elegante, cuyo carácter impetuoso se revelaba en sus ojos vivos y en sus ademanes enérgicos. Desde el primer instante entró en materia diciendo á Carlos:



—Perdóname si te he hecho venir, pero necesitaba tener una explicación contigo... La duda me ha sido siempre insoportable. Tu desdén, si es que le sientes, me mata... No puedo vivir así... ¿lo oyes? no puedo vivir.

—Ni comprendo el motivo de tu cita, ni tus palabras—respondió Carlos...—Habla claro.

—¿Más claro aún?—dijo ella amargamente.—¿Pues qué más quieres que te diga? ¿O es que te gusta que te halague tu vanidad de hombre? Dos años hace que te apartaste de mí; los mismos que llevas de matrimonio. Durante este tiempo he hecho todo lo que en lo humano es posible para olvidarte... Ya ves si lo he conseguido. Enervada por esta lucha, me decidí á intentar el último recurso. No puedo avenirme á la idea de que todo el pasado ha muerto para siempre, de que otra mujer ocupa en tu corazón el puesto que yo ocupaba. En estos dos años mi espíritu ha pasado por muchas alternativas de ilusiones, temores y desfallecimientos... Últimamente me sostenía la esperanza de que, más pronto ó más tarde, todo hombre acaba por cansarse de la mujer á la que para siempre vive unido; que la prosa del matrimonio enfría los entusiasmos mayores, y que, tal vez, hastiado tú de tu mujer, volverías á mí con afán más grande que nunca... Esto es lo que quiero saber... No puedo seguir aviniéndome con la espera estúpida de estos dos últimos años... ¿Se te ha metido esa mujer en el corazón de tal modo que no debo esperar nada? ¿Qué estoy de hecho y para siempre condenada á tu desdén y á tu indiferencia?

Siguió á esto una pausa... Enriqueta aguardaba, febril, ansiosa, empezando á comprender que se había engañado; que su esposo podía no amarla, pero sus relaciones con Anita eran cosa de otro tiempo, anteriores á su matrimonio. En una palabra, que Carlos no era culpable.

Este contestó al fin. En su voz se conocía el esfuerzo que hacía al verse en la necesidad, para proceder lealmente, de atormentar el corazón de aquella mujer, que de tal modo, y después de tanto sufrimiento, se le volvía á ofrecer. Pero á medida que hablaba su acento era más firme, sus propósitos se manifestaban de un modo enérgico... No podía ni debía ocultar la verdad. ¿Para qué fingir una comedia que ni á él ni á Anita podría satisfacerles? El pasado había muerto para siempre; pretender su resurrección era un impo-

sible... Y cuando Anita, loca de dolor y de rabia, «Pero ¿por qué?» le preguntó, respondióla Carlos, ya en completo dominio de sí mismo, y aplicando el cauterio para curar la herida:

—¡Porque amo á mi mujer como un insensato! Porque este amor absorbe por completo mi ser, hasta el punto de que el pensamiento de que no me corresponde como yo quisiera ha trastornado mi espíritu, haciendo duro mi carácter y mi vida un martirio; porque todos esos anhelos, esos temores y esas alternativas que tu amor por mí te ha hecho sentir, los siento yo por mi amor hacia ella. Ya ves si mi razón es bastante... ¿Qué puedes exigir de mí?

Y al oír estas frases, pronunciadas con extraordinaria vehemencia, llevóse Enriqueta las manos al pecho, como si en él hubiera sentido la punta de un puñal, y vencida, aniquilada por aquella confesión que destrozaba sus sueños pecaminosos, viendo lanzarse ante ellos una barrera que no se atrevía á franquear, murmuró sin darse cuenta de lo que pensaba:

—¡Qué fatalidad! ¡qué fatalidad!

Luis de Ansorena.

Soñando.

Cuando estoy triste y solo y empieza el sueño á envolverme en su manto tan halagüeño, acude entre sus pliegues á mi memoria de mi tranquila infancia la dulce historia. Vislumbro entre la bruma, pero muy lejos, una casita blanca, con los reflejos de un sol de primavera que alumbra y baña lo mismo la llanura que la montaña. Deliciosa morada, que fué mi nido entre añosos nogales casi escondido. Me parece que veo cómo blanquea el humo que despide su chimenea, semejando una gasa cuando la envuelve suspendida en el viento que la disuelve; y surge ante mis ojos, con el rocío que derrama la aurora por el estío, el prado que parece mullida alfombra con los verdes castaños que le dan sombra, y triscando en la yerba con planta leve mi cordera tan blanca como la nieve; el jardín tapizado de frescas rosas donde yo perseguía las mariposas que libando los jugos que dan las flores extendían sus alas de cien colores, y soñando, soñando, más cada día recuerdo los encantos de mi alquería; los parrales que crecen junto á su puerta, los guindos y manzanos que hay en la huerta, la alameda que al borde del manso río formaba con sus frondas el toldo umbrío, en tanto que se mezcla con el murmullo de las límpidas aguas el dulce arrullo de la tórtola amante, que en la floresta oculta entre el follaje pasa la siesta. Luego, cuando la tarde va declinando y en la lejana sierra se van alzando los flotantes jirones de las neblinas, y vuelven á sus nidos las golondrinas, á la luz del crepúsculo, débil y escasa, veo que se dirigen hacia mi casa los gañanes que vuelven de arar la viña por las combas veredas de la campiña, y á caballo en las yuntas llegan cantando mientras van las esquilas tintineando. Pero luego que el sueño se desvanece y tal cual es la vida se me aparece, sin esperar que vuelva mi bien perdido y siempre recordando mi hermoso nido, me digo muchas veces: ¡Con qué alegría á mi casita blanca me volvería!

Santiago Iglesias.

Cuento.

Entra Pepe en un vagón de segunda, mira atento, saluda, tose, escudriña y, quitándose el sombrero, hacia el banco de la izquierda se dirige, y toma asiento entre una señora anciana y un señor bastante feo. —Estamos muy apretados, refunfuña el caballero. —¡Cómo que ya éramos cinco!

añade la vieja.—Cierto, dice Pepe; soy un torpe, no me fijé, y ahora veo que somos seis, cuando enfrente no van más que cinco, y debo buscar la comodidad de ustedes. —Y dicho y hecho, se traslada al otro banco, y al sentarse, sonriendo exclama:—¡Ustedes dispensen, como está más ancho esto!...

E. Navarro Gonzalvo.

Apuntes.



—Lo que debía usted hacer, pa que se viera lo que entendía usted de toros, era cambiarse de vestimenta conmigo y salir ahí fuera esta tarde.
—¡Ay, no!, porque si me llamaban morral como á usted se asustaría mucho el niño...



—¿Es Isidoro?
—Sí; va al palco de la Francesita, para que digan que es él el que se lo paga...



¡Mi marido con otra que se derritel
¡Pronto el picarónazo toma el asquittel!



Un encerrador de costureras.



Vive allá en San Antonio, junto al Vivero.
Quien la siga hasta casa... ¡se da un paseo!



Verme viudo sin hijos siento de veras.
¡Debe ser tan hermoso tener niñas!



Media mirada lánguida.

MENUDENCIAS

Del fotógrafo Pascual decía anoche Belén:
—Ese hombre trata muy bien, pero *re-trata* muy mal.

Cuando salgo y entro en casa, siempre me acosan ladrando. El perro ladra cuando entro, y mi mujer cuando salgo.

Se ha propuesto Gedeón enseñar á su hijo Abdón las virtudes catonianas y, tenga ó no tenga ganas, le hace estudiar el catón.

Por el amor de María dijo el cojo Luis Forteza, que la cabeza daría. Y ¡claro! el joven, hoy día, no tiene pies ni cabeza.

EDMUNDO DE C. BONET.

Á una muchacha sin madre le pasa lo que á un caballo sin herraduras, que tiene tropiezos á cada paso.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

—¿Cómo va tu quinta, Pla?
—La termino este verano.
—¿Tan adelantada está?
—¡Caramba! ¡Como que ya tengo el papel para el plano!

PASCUAL MONTAGUT.

Te adoraba con ardor; en ti cifraba el bien mío y alimentaban mi amor, de tus desdenes el frío, de tu mirada el calor.

Mas nunca llegué á agradarte... y tú tuviste tal arte para burlarte de mí, que he gozado en olvidarte lo que en quererte sufrí.

Y ahora, libre ya, me río de aquel desgraciado amor, pues ya no siento dolor, ni encuentro en tu desdén frío ni en tu mirada calor.

Pero es triste no sentir: hallo tan necio vivir cuando no me inmuta verte, que volvería á quererte para volver á sufrir.

JOSÉ MARÍA DOTRES.

Á un marido en Bilbao se le ha escapado su mujer, que es rechoncha, chata y fea; y el hombre ha ido á pedir que se la busquen... ¡Casi casi merece que parezca!

Un inglés, hombre eminente, ha descubierto (y lo sé desde ayer precisamente) que hablan las moscas, y que se entienden como la gente.

Las siente hablar y lamento, que no admiren su talento los necios que le replican; porque yo también las siento... ¡las siento cuando me pican!

JOSÉ RODAO.



LIBROS

Para el viaje se titula una colección de cuentos amenos é interesantes que acaba de dar á la estampa el conocido publicista D. F. Degetau y González. Precio: 2,50 pesetas.

Vida cómica, verso y prosa festivo de D. Ramón A. Urbano, que pone la pluma en tal difícil género con la habilidad de un maestro. Precede al libro un artículo de D. Francisco Flores García. Precio: 2,50 pesetas.

Todo en broma, por D. Vital Aza. Segunda edición. El hecho de haberse agotado una copiosa tirada de este libro demuestra el gusto con que el público lo ha recibido. Los versos de Vital son populares, y... no está bien que lo digamos nosotros, pero media España se lo sabe de memoria. Ahora, con esta segunda edición, lo aprenderá la otra media. Acompañan á la obra un prólogo de Picón, un intermedio de Estremera y un epílogo de Ramos Carrión; tres artículos ingeniosos y graciosísimos. En uno de los próximos números, tal vez en el del sábado, publicaremos el prólogo de Picón. Precio del libro: 4 pesetas.

Besugos y percebes, por D. Dionisio de las Heras y D. Santiago Oria. Así se titula una colección de semblanzas de escritores, hechas con verdadera gracia, y manejando la sátira sin llegar al insulto. Yo confieso haberme reído grandemente, porque ¡qué diantre! siempre gusta ver apedrear á los amigos, aunque le toque á uno una chinita. Precio: 1 peseta.



EMILIO DEL VAL

ha muerto en Zamora el día 12 del corriente, en la plenitud de la vida, minado por cruel y larga dolencia. Fué cariñoso amigo y compañero nuestro, colaboró con frecuencia en el MADRID CÓMICO y fundó y dirigió con gran éxito en Filipinas el *Madrid-Manila*.

¡Descanse en paz nuestro desgraciado amigo!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Martinheros.—Más me gusta la carta que las seguidillas, bien lo sabe Dios. Porque las seguidillas me gustan *asax* poco.

Sr. D. J. D.—No entiendo la décima. Sólo entiendo que al verso «cámbiase la función» le hace muchísima falta una sílaba.

Un ripioso.—No es mala idea. Se publicará eso, Dios mediante.

Farfallu.—Ya que todos los poetas llaman á la luna *pálida*, le dedica usted un soneto capaz de ruborizarla.

Mathurruquer.—Pues... á pesar de estar hechos con todo el esmero posible, le han salido á usted flojitos... y con alguna asonancia que otra.

Sr. D. M. de A.—Haya usted de la filosofía cursi como del mar embravecido.

Sr. D. A. J.—Lo del puñetazo tiene el inconveniente de ser vulgar el final. Aprovecharé alguna fruslería.

K. B. Cilla.—Muy triste, ¡ay! demasiado triste.

Sr. D. D. P.—No es que yo vaya á meterme ahora á crítico, pero creo que la *manera de hacer* de usted no es propia del MADRID CÓMICO. Seguramente desentonarían aquí esos dibujos, que, por otra parte, no me parecen mal hechos.

Delnifke.—Usted mismo comprenderá que el asunto es una vulgaridad muy grande. Porque eso de que uno ame á una mujer de niño, y cuando vuelve á verla hecho hombre la encuentra casada con otro... se ha dicho y lamentado ya suficientemente.

K. bello.—Bien, para el album de la prima. Para el resto de la humanidad no es interesante, ni mucho menos.

Yo.—Demasiado inocente. Porque... buena es la moral, pero no á tal punto llevada.

Pitirri.—Es lástima que la forma no corresponda á la idea, porque ésta es graciosa (un poco) y es deslavazada aquélla.

El tio Pesares.—Son demasiados versos para tan escaso asunto. Hablan mucho de sobra los dos sablistas.

Los del ocho.—¡Valientes niños pudorosos están ustedes!

Casuela.—Si le echa á usted mano una musa cualquiera... ¡le va á hacer cascos!

Sr. D. J. C.—Pártame un rayo si veo la intención. Y pártale otro rayo al que la vea. Se conoce que usted conoce á los actores de esa escena y le hace á usted gracia por eso...

El abate Burias.—El romance es un tantico pedestre, y tiene algunas cosas fuertecitas por añadidura.

Tapioca.—Dios le conserve á usted el pseudónimo alimenticio y le prive de la funesta manía de escribir disparates. Porque eso acaba por arrastrar al fondo del abismo.

Sr. D. V. D. A.—No he encontrado nada aprovechable.

Ferón.—Pero el caso es que yo no conservo los endecasílabos. Mándelos de nuevo firmados.

Melendo.—El ritmo anda como Dios quiere y la medida por donde se le antoja al diablo.

Z. Zo.—¡Una oda al navegante Colón, toda mal medida! Déjele usted en paz. ¡Bastante le fastidiaron en vida!

Sr. D. J. J. V.—Los versos con esos juegucitos de *paca, pica, peca, poca...* pasaron de moda hace muchísimo tiempo.

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO